

Pierre
Boulle



**EL
PLANETA
DE
LOS SIMIOS**

El periodista Ulysse Mérou, el profesor Antelle y su joven discípulo Arthur Levain se embarcan en un extraordinario viaje hacia la estrella Betelgeuse. Desde su nave espacial observan el planeta Soror, donde se perfilan ciudades y carreteras curiosamente parecidas a las de la Tierra. Cuando aterrizan descubren que está habitado por seres humanos que viven en estado salvaje, pero entonces, ¿a qué civilización pertenecen las ciudades que han divisado desde el espacio?

El planeta de los simios es un libro inquietante, una fábula sobre la angustia que siente el hombre privado de su dignidad, una reflexión sobre el miedo a lo desconocido.

Un clásico de la literatura y del cine.

PRIMERA PARTE

Capítulo primero

Jinn y Phyllis pasaban unas vacaciones maravillosas en el espacio, lo más lejos posible de los astros habitados.

En aquel tiempo los viajes interplanetarios eran cosa corriente. Los desplazamientos intersiderales no tenían nada de particular. Los cohetes llevaban a los turistas hasta los parajes prodigiosos de Sirio^[1], o a los financieros hasta las Bolsas famosas de Arturo^[2] y de Aldebarán^[3]. Pero Jinn y Phyllis, una pareja de ricos ociosos, se hacían notar en el cosmos por su originalidad salpicada de unas gotitas de poesía. Recorrían el universo por placer a la vela.

Su navío era una especie de esfera, cuya envoltura —la vela—, maravillosamente fina y ligera, se desplazaba por el espacio, empujada por la presión de las radiaciones luminosas. Un ingenio de esta naturaleza, cuando se encuentra abandonado a sí mismo en la vecindad de una estrella, a una distancia suficiente, no obstante, para que el campo de gravitación no sea demasiado intenso, se dirigirá siempre, por propio impulso, en línea recta, en la misma dirección que lleve la estrella, pero como los soles comprendidos en el sistema estelar de Jinn y Phyllis eran tres, poco alejados relativamente entre sí, su embarcación recibía las radiaciones de luz siguiendo tres ejes distintos. Esto había hecho concebir a Jinn un procedimiento, ingenioso en extremo, para dirigir su nave. La parte interior de la vela llevaba un sistema de cortinas, que podía correr y descorrer a su voluntad, con lo cual alteraba el resultado de la presión luminosa, modificando el poder de reflexión de ciertas secciones. Esta envoltura elástica podía, además, dilatarse o

contraerse, a gusto del navegante. Así, pues, cuando Jinn quería acelerar la marcha, la dilataba hasta darle el mayor diámetro posible. La nave recibía entonces el impacto de las radiaciones sobre una superficie enorme y se precipitaba en el espacio a una velocidad de locura, que daba vértigo a su amiga Phyllis, un vértigo que, a su vez, le alcanzaba también a él y les hacía estrecharse apasionadamente, con la mirada fija a lo lejos hacia aquellos abismos misteriosos a los que les arrastraba su carrera. Cuando, por el contrario, querían aminorar la marcha, Jinn apretaba un botón. La vela se contraía de tal manera que se convertía en una esfera de un tamaño justo para contener a los dos, apretados el uno contra el otro. La acción de la luz era entonces casi nula y aquella bola minúscula, abandonada solamente a su inercia, parecía inmóvil, como si estuviera suspendida en el vacío por un hilo invisible. Los dos jóvenes pasaban horas perezosas y enervantes en aquel mundo reducido, construido a su medida para ellos solos y que Jinn comparaba con un velero con avería y Phyllis con la burbuja de aire de la araña submarina.

Jinn conocía perfectamente otras artes que los cosmonautas a la vela consideraban como el colmo de la habilidad; por ejemplo, el de utilizar la sombra de los planetas y la de algunos satélites, para virar de bordo. Enseñaba su ciencia a Phyllis, que iba siendo casi tan hábil como él, y a menudo más temeraria. Cuando llevaba el timón, le daba a veces por correr bordadas que los llevaban a los confines de su sistema estelar, con desprecio de la tempestad magnética que empezaba a trastornar las ondas luminosas y a sacudir la nave como si fuera un cascarón de nuez. Dos o tres veces, Jinn, al despertarse sobresaltado por la tempestad, había tenido que enfadarse para arrancarle el timón de las manos, y para volver en seguida a puerto seguro había tenido que poner urgentemente en marcha el cohete auxiliar que tenía el puntillo de no utilizar más que en caso de peligro.

Aquel día, Jinn y Phyllis estaban tendidos, el uno al lado del otro, en el centro de su globo, sin otra preocupación que disfrutar de sus vacaciones, dejándose tostar por los rayos de sus tres soles. Jinn, con los ojos cerrados, no pensaba más que en su amor por Phyllis. Tendida de costado, Phyllis miraba la inmensidad del mundo y, como le sucedía muy a menudo, se dejaba hipnotizar por la sensación cósmica de la nada.

De repente salió de su abstracción y, frunciendo las cejas, se levantó a medias. Un relámpago insólito acababa de cruzar el vacío. Esperó unos segundos y percibió un nuevo resplandor, como un rayo de luz reflejándose sobre un objeto brillante. El sentido del cosmos, que había adquirido en el curso de estos cruceros, no podía engañarla. Por otra parte, Jinn, advertido, opinó lo mismo que ella, y no era posible creer que Jinn pudiera equivocarse en estas cuestiones. En el espacio, a una distancia que no podían aún precisar, flotaba un cuerpo que brillaba a la luz. Jinn cogió los gemelos y miró el objeto misterioso, mientras Phyllis se apoyaba sobre su hombro.

—Es un objeto pequeño —dijo—. Parece de cristal... Déjame que mire... Se acerca. Va más rápido que nosotros. Se diría...

Su cara se puso seria. Dejó los gemelos y ella los cogió enseguida.

—Es una botella, querida.

—¡Una botella!

Phyllis miró a su vez.

—Una botella, sí. La veo muy bien. Es de vidrio claro y está tapada. Puedo ver el precinto. En el interior hay un objeto blanco, un papel, un manuscrito, seguramente. ¡Jinn, tenemos que cogerla!

Ésta era también la opinión de Jinn, que había empezado ya a hacer las maniobras precisas para situarse en la tra-

yectoria del cuerpo insólito. Lo logró rápidamente y luego redujo la velocidad de la esfera para dejarse alcanzar. Mientras tanto, Phyllis se había puesto la escafandra. Salió a la parte exterior de la vela por el escotillón doble. Una vez allí, se cogió con una mano a una cuerda y con la otra blandió una pequeña red de mango largo disponiéndose a pescar la botella.

No era aquélla la primera vez que se cruzaban con cuerpos extraños y la pequeña red de mango largo había prestado ya servicios con anterioridad. Navegar a pequeña velocidad o mantenerse a veces completamente inmóviles les había proporcionado sorpresas y habían hecho descubrimientos que estaban vedados a los viajeros de los cohetes. Phyllis había recogido, con su red, restos de planetas pulverizados, fragmentos de meteoros llegados del fondo del Universo y trozos de los satélites lanzados cuando empezó la conquista del espacio. Estaba muy orgullosa de su colección, pero era la primera vez que recogían una botella, y una botella que, además, contenía un manuscrito, pues estaba completamente segura de que era así. Le temblaba el cuerpo de impaciencia mientras gesticulaba como una araña pendiente de su hilo, gritándole por el teléfono a su compañero:

—Más despacio, Jinn... No, un poco más deprisa... Va a pasarnos a babor... A estribor... Avante... ¡Ya la tengo!

Prorrumpió en un grito de triunfo y volvió a bordo con su presa.

Era una botella de gran tamaño, cuyo gollete había sido sellado con todo cuidado. En el interior, se veía perfectamente un rollo de papel.

—¡Jinn, rómpela, deprisa! —clamó Phyllis pataleando de impaciencia.

Jinn, más tranquilo, hacía saltar metódicamente los trozos de lacre. Pero cuando hubo destapado la botella con todo este cuidado, se dio cuenta de que el papel no podía salir por estar muy apretado. Se resignó, por tanto, a ceder

a las recomendaciones de su amiga y rompió la botella de un martillazo. El papel se desdobló por sí mismo. Se trataba de un gran número de folios, muy delgados, cubiertos de una escritura fina. El manuscrito estaba en lengua terrestre, que Jinn conocía perfectamente, ya que había cursado parte de sus estudios en aquel planeta.

No obstante, una especie de malestar le impedía ponerse a leer el documento que de una manera tan extraña acababa de caer entre sus manos, pero la sobreexcitación de Phyllis le hizo decidirse. Ella comprendía mal la lengua de la Tierra y necesitaba su ayuda.

Redujo la velocidad de la esfera de modo que flotara muellemente en el espacio, se aseguró de que ante ellos no se encontraba ningún obstáculo y después se tendió al lado de su amiga y empezó a leer el manuscrito.

Capítulo II

Confío este manuscrito al espacio, no con objeto de pedir socorro, sino para ayudar, tal vez, a conjurar la espantosa calamidad que amenaza a la raza humana. ¡Dios tenga piedad de nosotros...!

—¿La raza humana? —repitió Phyllis, sorprendida.

—Es lo que está escrito —confirmó Jinn—. No me interrumpas ya desde el principio.

Y prosiguió la lectura.

Por lo que a mí, Ulises Mérou, se refiere, me he ido con mi familia en la nave cósmica. Podemos subsistir unos años. A bordo cultivamos legumbres y frutas y mantenemos un corral. No nos falta nada. Tal vez algún día encontremos un planeta hospitalario. Es un deseo que casi no me atrevo a formular. Pero he aquí, expuesto con absoluta fidelidad, el relato de mi aventura.

Fue en el año 2500 cuando me embarqué en la nave cósmica con dos compañeros, con la intención de alcanzar la región del espacio donde reina como soberana la estrella supergigante Betelgeuse.

Se trataba de un proyecto ambicioso, quizás el más atrevido que se hubiese formulado jamás en la Tierra. Betelgeuse, el alfa de Orión, como la llamaban nuestros astrónomos, se encuentra a unos trescientos años luz de nuestro planeta. Es notable por muchas causas. Ante todo, por el tamaño: su diámetro mide de trescientas a cuatrocientas veces el de nuestro Sol, es decir, que si su centro se hiciera

coincidir con el de nuestro astro, este monstruo se extendería hasta la órbita de Marte. Por su brillo, es una estrella de primera magnitud, la más brillante de la constelación de Orión, que, a pesar de estar tan alejada, es visible a simple vista desde la Tierra. Por la naturaleza de sus rayos, emite unos fuegos rojos y anaranjados, de un efecto verdaderamente magnífico. Finalmente, es un astro variable. Su luminosidad es variable, siendo las alteraciones de su diámetro la causa de esta variación. Betelgeuse es una estrella palpitante.

Después de la exploración del Sistema Solar en el cual no hay ningún planeta habitado, ¿por qué se escogió un astro tan alejado, como meta del primer vuelo intersideral? Esta decisión fue impuesta por el sabio profesor Antelle. Principal organizador de la empresa, a la que había dedicado la totalidad de una enorme fortuna, jefe de nuestra expedición, había concebido el navío cósmico y había dirigido su construcción. Durante el viaje, él mismo me explicó el motivo de esta elección.

—Mi querido Ulises —me dijo—, no es más difícil ni casi tampoco más largo para nosotros alcanzar Betelgeuse que llegar a otra estrella cualquiera más cercana, próxima del Centauro, por ejemplo.

Al llegar aquí, creí oportuno protestar y demostrar mis conocimientos de astronomía recién adquiridos.

—¡Casi no más largo! Y, no obstante, la estrella próxima al Centauro está sólo a cuatro años luz, mientras que Betelgeuse...

—Está a trescientos años luz, no lo ignoro. Pero no estaremos mucho más de dos años para llegar allí, mientras que hubiéramos necesitado menos tiempo para llegar a la región próxima del Centauro. A usted le parece que no es así, porque está acostumbrado a estos saltos de pulga que son los viajes a nuestros planetas, en los cuales es admisible una aceleración fuerte a la salida porque no dura más que unos minutos, ya que la velocidad de crucero que de-

be alcanzarse es ridículamente débil y desproporcionada a la nuestra... Ya es hora de que le dé algunas explicaciones sobre la marcha de nuestro vehículo.

»Gracias a sus cohetes perfeccionados, y a mí me cabe el honor de haber sido quien los ha puesto a punto, esta nave puede desplazarse por el espacio a la mayor velocidad que pueda usted imaginarse para un cuerpo material, es decir, a la velocidad de la luz, menos *épsilon*.

—¿Menos *épsilon*?

—Quiero decir que puede acercársele con sólo una diferencia de una cantidad infinitesimal, del orden de una milmillonésima, si usted quiere.

—Bueno —contesté—. Esto ya lo comprendo.

—Lo que usted debe saber también es que cuando nos desplazamos a esta velocidad, nuestro tiempo se aparta sensiblemente del tiempo de la Tierra, y esta diferencia se hace tanto mayor cuanto más veloz es el desplazamiento. Ahora mismo, desde que empezamos esta conversación, hemos vivido unos minutos que corresponden a varios meses de tiempo de nuestro planeta. Llegará un momento en que el tiempo ya casi no correrá para nosotros sin que, por otra parte, lleguemos a darnos cuenta de cambio alguno. Para usted y para mí, unos segundos, unos latidos de nuestros corazones corresponderán a varios años terrestres.

—Esto también lo comprendo. Por esta misma razón es por lo que podemos tener la esperanza de llegar a la meta antes de morirnos. Pero en este caso, ¿por qué hacemos un viaje que dure dos años? ¿Por qué no puede hacerse solamente en unos cuantos días o en unas cuantas horas?

—Éste es precisamente el punto a que quería llegar. Sencillamente porque para alcanzar esta velocidad en la que el tiempo ya casi no transcurre, con una aceleración que nuestro organismo pueda resistir, precisamos un año. Otro año nos será necesario para aminorar nuestra marcha. ¿Comprende usted ahora nuestro plan de vuelo? Doce meses de aceleración y doce meses de frenada, y entre ellos,

sólo unas horas durante las cuales haremos la mayor parte del camino. Y ahora puede usted también comprender por qué no nos tomará mucho más tiempo ir hacia Betelgeuse que hacia la próxima del Centauro. En este último caso, habríamos necesitado también el año de aceleración y el mismo año de reducción y tal vez entre los dos algunos minutos en vez de algunas horas. En conjunto, la diferencia es insignificante. Como me estoy haciendo viejo y probablemente ya no tendré jamás la fuerza de emprender otro viaje por el estilo, he preferido dirigirme hacia un punto alejado con la esperanza de hallar un mundo completamente distinto al nuestro.

Conversaciones por este estilo ocupaban nuestros ocios a bordo y al mismo tiempo me permitían apreciar mejor la ciencia prodigiosa del profesor Antelle. No había materia que él no hubiese explorado y yo me felicitaba de tener un jefe así en una empresa tan aventurada.

Tal como él había previsto, el viaje duró alrededor de los dos años de nuestro tiempo, mientras que, entretanto, nuestra Tierra envejecía tres siglos y medio. Éste era el único inconveniente de haber escogido una meta tan lejana. Si algún día regresábamos, nos encontraríamos con que nuestro planeta había envejecido en setecientos u ochocientos años. Pero esto no nos preocupaba lo más mínimo. Incluso llegué a sospechar que, para el profesor, la perspectiva de escapar de los hombres de su generación era un aliciente más de la empresa. Confesaba a menudo que le cansaban aquellos hombres...

—*Los hombres, siempre los hombres* —observó nuevamente Phyllis.

—*Los hombres* —confirmó Jinn—. *Esto es lo que está escrito.*

No tuvimos ningún incidente serio en el vuelo. Habíamos salido de la Luna. La Tierra y los planetas desaparecien-

ron pronto de nuestra vista. Habíamos visto empequeñecerse el Sol hasta ser como una naranja en el cielo, después como una ciruela y luego un punto brillante, sin dimensiones, una simple estrella, que sólo la ciencia del profesor podía descubrir entre los millares de millones de estrellas de la galaxia.

Vivimos, por lo tanto, sin sol, pero no padecemos nada por esta causa, ya que la nave estaba provista de fuentes luminosas equivalentes. No llegamos tampoco a conocer el tedio. La conversación del profesor era apasionante y me instruí más durante aquellos dos años, que durante toda mi existencia anterior. También aprendí todo cuanto era útil saber para el manejo de la nave. Era bastante fácil: bastaba con dar las instrucciones a los aparatos electrónicos, los cuales efectuaban todos los cálculos y se ocupaban directamente de las maniobras.

Nuestro jardín nos proporcionó distracciones agradables. Ocupaba un lugar importante en la nave. El profesor Antelle, entre otras materias, se interesaba por la botánica y la agricultura y había querido aprovechar el viaje para comprobar ciertas teorías suyas sobre el crecimiento de las plantas en el espacio. El terreno ocupaba un compartimiento cúbico de cerca de diez metros de lado. Se utilizaba toda la cabida gracias a unas estanterías. La tierra se regeneraba por medio de abonos químicos y, dos meses después de nuestra partida, tuvimos el placer de ver brotar toda clase de legumbres que nos suministraban una nutrición abundante y sana. Tampoco se había olvidado la parte agradable, pues se había reservado a las flores una sección que el profesor cuidaba con verdadero cariño. Este hombre original se había llevado también algunos pájaros, unas mariposas y también un mono, un pequeño chimpancé al que había dado el nombre de *Héctor* y que nos divertía con sus monerías.

Es verdad que el sabio Antelle, sin ser un misántropo, no se interesaba mucho por los humanos. Decía a menudo

que no esperaba gran cosa de ellos y esto quizás explica...

—¿Misántropo? —interrumpió nuevamente Phyllis, sorprendida—. ¿Humanos?

—Si me interrumpes a cada momento —observó Jinn—, no llegaremos nunca al final.

Phyllis juró guardar silencio hasta el fin de la lectura, lo que, en efecto, cumplió.

Esto explica sin duda que hubiera reunido en la nave, con capacidad suficiente para contener algunas familias, numerosas especies vegetales y algunos animales limitando a tres el número de pasajeros: él; su discípulo Arturo Levain, un joven físico de gran porvenir, y yo, Ulises Mérou, periodista poco conocido, que había encontrado casualmente al profesor en el curso de una entrevista periodística. Después de cerciorarse de que no tenía familia alguna y de que jugaba aceptablemente al ajedrez, me había propuesto que fuera con él. Para un periodista joven era una ocasión excepcional. Aunque mi reportaje no pudiera publicarse hasta dentro de ochocientos años, tal vez precisamente por esto, tendría una importancia única. Acepté con entusiasmo.

Hicimos, pues, el viaje, sin tropiezo alguno. Lo único desagradable fue una pesadez creciente durante el año de aceleración y el de reducción. Tuvimos que acostumbrarnos a que nuestro cuerpo pesara una vez y media más que en la Tierra, fenómeno que si bien al principio resultó muy fatigoso, luego nos pasó casi inadvertido. Entre estos dos períodos, hubo uno de ausencia total de gravedad, con todas las extravagancias sobradamente conocidas que comporta este fenómeno, pero solamente duró unas pocas horas y no nos perjudicó.

Y un día, después de esta larga travesía, tuvimos la emoción de ver aparecer en el cielo la estrella Betelgeuse con un aspecto nuevo.

Capítulo III

No es posible describir la exaltación que produce un espectáculo así: una estrella, que aún ayer era sólo un punto brillante entre la multitud de puntos anónimos del firmamento, fue destacándose poco a poco del fondo negro, determinándose como una dimensión en el espacio en el que apareció, primero como una nuez brillante, luego se dilató al mismo tiempo que tomaba color, para llegar a ser como una naranja, integrándose finalmente en el cosmos con el mismo diámetro, aparentemente, que nuestro familiar astro del día. Un nuevo sol había nacido para nosotros, un sol rojizo como el nuestro cuando comienza el ocaso y del que estábamos notando ya la atracción y el calor.

Nuestra velocidad era entonces muy reducida. Aún nos acercamos más a Betelgeuse, hasta que su diámetro aparente excedió en mucho del de todos los cuerpos celestes que hasta entonces habíamos contemplado, lo que nos produjo una impresión fabulosa. Antelle dio unas indicaciones a los robots y nuestra nave empezó a gravitar alrededor del supergigante. El sabio cogió entonces los instrumentos astronómicos y empezó las observaciones.

No tardó mucho en descubrir la existencia de cuatro planetas cuyas dimensiones determinó rápidamente, así como las distancias hasta el astro central. Uno de ellos, el segundo contando desde Betelgeuse, se movía en una trayectoria semejante a la nuestra. Su volumen era más o menos como el de la Tierra; tenía una atmósfera que contenía oxígeno y nitrógeno; giraba alrededor de Betelgeuse a una distancia igual, más o menos, a unas treinta veces la de la